

Kan de GEM

UN CARDENAL  
SE CONFIESA

1.998

# UN CARDENAL SE CONFIESA

PERSONAJES:

Monseñor, cardenal de la Iglesia Católica.

Periodista, profesional destacado.

Secretario, ayudante del Cardenal.

*En el despacho de monseñor se observa un gran escritorio, algunos sillones, cuadros, adornos y otros enseres correspondientes. De repente se escucha el timbre. Un secretario cruza la estancia y va a abrir la puerta. Ha llegado el periodista. Ambos entran en el despacho; el periodista se sienta en uno de los sillones. El secretario se va. A continuación entra monseñor. Ambos se saludan de pie.*

MONSEÑOR.- Gracias por venir.

PERIODISTA.- Es un honor, monseñor.

MONSEÑOR.- Siéntese, por favor. *(Ambos se sientan.)*  
De todas las personas que me han entrevistado en mi vida, usted es quien más confianza me inspira.

PERIODISTA.- Muchas gracias, monseñor. Usted es una persona a quien respeto y aprecio mucho.

MONSEÑOR.- Lo he elegido a usted porque, en su profesión, la ética parece escasear. Y lo negativo sin duda sobra.

PERIODISTA.- Periodistas hay muchos. Buenos periodistas, muy pocos.

MONSEÑOR.- Es verdad. ¿Qué le parece si empezamos?

- PERIODISTA.- Excelente. *(Saca y enciende su grabadora portátil. Abre un pequeño cuaderno de notas.)* Vamos primero al motivo de esta entrevista.
- MONSEÑOR.- Amigo mío, no es mucho el tiempo de vida que me queda. Y, voy a hablar porque, realmente, quiero morir en paz; en total y absoluta paz.
- PERIODISTA.- Sin duda, monseñor, algo le preocupa a usted, todavía.
- MONSEÑOR.- Exacto. De eso se trata. De unos cuantos asuntos, todos ellos importantes, que quiero sacarme de la conciencia. ¡Limpieza, mi amigo! ¡Limpieza interior! Esto es lo importante.
- PERIODISTA.- ¿Había usted hablado de esto, anteriormente?
- MONSEÑOR.- No. Nunca. De ahí que sea tan importante. Todo lo que voy a confiarle, jamás lo traté anteriormente, con nadie.
- PERIODISTA.- Me deja usted muy gratamente sorprendido, monseñor. Esto no es nada frecuente.
- MONSEÑOR.- La muerte de un cardenal tampoco es muy frecuente. *(Ambos sonríen.)* En realidad, soy yo el que se confiesa, ahora. *(Ambos ríen.)*
- PERIODISTA.- Todo esto, ¿podré publicarlo después, en un libro?
- MONSEÑOR.- Efectivamente. Cuando hayamos terminado, sólo entonces, usted lo edita todo en un solo libro. Ése es el trato.
- PERIODISTA.- Es usted muy amable y muy generoso, monseñor. Cuente conmigo.
- MONSEÑOR.- Una vida entera al servicio de la Iglesia me ha mejorado un poquito. ¡Pero no soy un santo, para nada! *(Ambos ríen.)* ¿Tiene usted la lista?
- PERIODISTA.- Esta es la lista completa que usted me dio. Aquí están todos los temas que usted quiere tratar.
- MONSEÑOR.- Sobre estos temas, quiero que usted me haga preguntas cruciales. Preguntas polémicas que apunten siempre al

meollo de la cuestión. ¡Y no tenga miedo de la investidura!

PERIODISTA.- Algunas preguntas serán, sin duda, candentes, directas, nada fáciles. Varias, las he pensado bastante.

MONSEÑOR.- Lo importante, amigo mío, es la Verdad. Toda la Verdad, la Verdad desnuda, completa, sin velos ni adornos. ¡Basta ya de tantos y de tan negativos cuidados! La Iglesia agoniza y yo no me voy a callar.

PERIODISTA.- Me parece fantástica su actitud. Y va a ser, no lo dudo, un caso único en la Historia.

MONSEÑOR.- He sido entrenado, toda mi vida, para arreglar la Verdad. Para mostrar sólo, y tan sólo, la cara de ella que más nos convenía. Había que salvar hasta las apariencias, siempre. Pero eso no va más.

PERIODISTA.- Todo esto es más, mucho más de lo que yo esperaba o imaginaba. Le vuelvo a agradecer tanta confianza y que me haya elegido a mí.

MONSEÑOR.- Yo también le estoy agradecido porque usted me permite realizar el sueño, largamente anhelado, de hablar las cosas tal cual son, sin frenos, sin miedos ni cautelas.

PERIODISTA.- Yo, la Verdad, no me la callo jamás. Me resulta imposible vivir con una mordaza puesta.

MONSEÑOR.- Entonces, usted entiende perfectamente mi situación y mi malestar. He sido, siempre, un muy buen Cardenal, pero esto de tener que callar, y disfrazar los hechos, me estaba destruyendo.

PERIODISTA.- Realmente lo admiro. Fueron muchos años. Su resistencia es admirable.

MONSEÑOR.- No me admire tanto. Me siento avergonzado. El silencio, en esas condiciones, no es ninguna virtud. Bueno, pasemos a lo nuestro. Pregunte, por favor.

PERIODISTA.- ¿Cuál es el verdadero problema con los rollos del Mar Muerto? ¿Por qué hace más de 50 años que la Iglesia los mantiene ocultos?

MONSEÑOR.- Esos rollos son, para la Iglesia, un tema trágico, mortal. Si los diera a conocer, totalmente, la Iglesia quedaría en muy precaria situación. Por esto se siguen escondiendo.

PERIODISTA.- ¿Cuál es realmente el problema? ¿Hay acaso contradicciones con la Doctrina actual?

MONSEÑOR.- Mucho peor que eso: el principal problema que la Iglesia no sabe cómo manejar es el de la autenticidad de la enseñanza de Jesús

PERIODISTA.- ¿La propia autenticidad de los Evangelios?

MONSEÑOR.- Sí. Nada menos que eso.

PERIODISTA.- ¿Y cómo puede ser esto así? ¿En qué fallan los Evangelios? Todo en ellos se ve muy genuino y elevado.

MONSEÑOR.- Totalmente de acuerdo: son elevados pero no son genuinos. Los Evangelios no son de Jesús.

PERIODISTA.- (*Sólo abre la boca. Un rato después reacciona.*) ¿No son de Jesús?

MONSEÑOR.- No lo son. Jesús recopiló la enseñanza de otros Maestros (probablemente esenios, árabes, persas, hindúes) y la predicó como suya propia.

PERIODISTA.- Entonces, el Evangelio no es nada original, no lo dio Jesús.

MONSEÑOR.- Exacto. Ahora comprende usted por qué nos estamos demorando en dar a conocer esos rollos. El asunto es explosivo.

PERIODISTA.- Totalmente mortal. Pero, ¿se supo esto recién ahora?

MONSEÑOR.- Realmente sí. Aunque ya se sospechaba que, en los comienzos del cristianismo, hubo de todo: purgas, plagios, manipulación, robo de ideas, invención.

PERIODISTA.- Se tomó lo que pertenecía a otros sabios y se hizo que fuera de Jesús. Así de fácil.

MONSEÑOR.- Exacto. Ésta es la enorme amenaza que ahora afrontamos. Gran problema para la Iglesia.

PERIODISTA.- Y para todo el Cristianismo. La fe se vería seriamente afectada.

MONSEÑOR.- ¿Es que acaso va quedando fe? Los templos cada vez más vacíos. Los fieles cada vez más interesados en las cosas del mundo. La juventud cada vez más incrédula. El dogma cada vez más débil. ¿Podremos sobrevivir así?

PERIODISTA.- Son demasiados cambios y todos de gran magnitud. El problema es realmente terrible: la Iglesia, tal como usted lo dice, agoniza en este tiempo.

MONSEÑOR.- Esa es una agonía que, muy lamentablemente, nos hemos buscado y nos merecemos. La lista, que usted tiene, es la de nuestras culpas a todo lo largo de la Historia. Culpas por lo malo; culpas por lo erróneo; culpas por todo lo torpes que hemos sido.

PERIODISTA.- El Papa está empeñado en reconocer las culpas de la Iglesia y en pedir perdón por ellas.

MONSEÑOR.- Pero muy pocos de nosotros lo apoyamos y estamos dispuestos a sumarnos a su actitud. La Iglesia, en general, se opone rotundamente.

PERIODISTA.- Es que la actitud es nueva. Es la primera vez, en 2.000 años, que se hace algo semejante.

MONSEÑOR.- ¡Eso es lo lamentable! No sólo nos hemos equivocado tremendamente, sino que lo negamos, lo justificamos y no nos arrepentimos en absoluto. ¡Esto es lo que a mí me tiene mal! ¡Muy mal!

PERIODISTA.- ¿Y cuál será el destino, el futuro, de esos rollos?

MONSEÑOR.- Se seguirán demorando. Se seguirán destruyendo y haciendo desaparecer. Lo importante es que no nos comprometan. ¡Comprende bien?

PERIODISTA.- Totalmente. Pero esto es algo monstruoso, sucio y vergonzoso. ¿No podría hacerse algo?

MONSEÑOR.- La gente, la masa, el rebaño, sí puede hacer mucho. Ellos deberían presionar y no callarse siempre como corderos.

PERIODISTA.- Exigir. Los fieles y el mundo deben exigir que todo eso se de a conocer, sin demora.

MONSEÑOR.- Sería realmente lo mejor. Muy bien. ¿Cuál es el otro tema?

PERIODISTA.- La lista que usted me ha dado es larga.

MONSEÑOR.- Y no sólo larga sino terrible. Pero siga preguntando, no más.

PERIODISTA.- ¿Qué van a hacer con la evolución?

MONSEÑOR.- Ése es otro gran problema para el que no tenemos una buena o posible solución.

PERIODISTA.- Lllamarla “teoría” no ayuda nada en realidad.

MONSEÑOR.- Ésa fue una salida cómoda, fácil y temporal. Está totalmente a la vista que la evolución es toda una realidad, un hecho, no una teoría.

PERIODISTA.- La evolución ha sido aceptada en todos lados y por todos.

MONSEÑOR.- Por supuesto. En toda escuela se le enseña hasta a los niños desde los seis años. Además, están como pruebas irrefutables, todos esos esqueletos en libros y museos.

PERIODISTA.- El problema no es solo la evolución, el cambio que los organismos van sufriendo sino, además, el tiempo que llevan cambiando.

MONSEÑOR.- Se trata de cientos de millones de años. ¡Por supuesto que el Génesis está equivocado en casi todo! Pero, ¿cómo lo vamos a admitir? No es nada fácil.

PERIODISTA.- Además, está lo del tronco común para todas las especies, incluido el hombre.

MONSEÑOR.- Ése es otro tremendo problema. Realmente terrible: o venimos del mono o venimos de Dios. No hay alternativa. Las pruebas de la ciencia son demasiado contundentes.

PERIODISTA.- Y muy abundantes y fundadas también.

MONSEÑOR.- Si admitimos que el hombre desciende realmente del mono, se nos hunde todo. ¡Hasta el propio Hijo de Dios vendría a ser un hombre-mono! ¡Imposible!

PERIODISTA.- Nunca ha sido fácil, para nadie, decir no solo la Verdad sino, además, toda la Verdad.

MONSEÑOR.- Es que la Verdad a pedazos, a retazos, no sirve. Debe ser toda; debe ser completa. Por más destructiva que resulte.

PERIODISTA.- El gran problema es entonces doble: si se dice la Verdad, hay enorme daño. Si no se la dice, hay también un gran daño.

MONSEÑOR.- Pero si vamos a morir, si la Iglesia va a sucumbir, que sea al menos con total honor, diciendo toda la Verdad.

PERIODISTA.- Su actitud es honesta y valiente.

MONSEÑOR.- No queda otro camino que un completo sinceramiento, una catarsis total. Lo que ocurre es grave y ya no podremos tapanlo con tierra, tal como hicimos antes.

PERIODISTA.- Si el Génesis cae, ¿cae todo, necesariamente?

MONSEÑOR.- Más que el Génesis, es Dios el que cae. Dios se queda sin lugar en este mundo actual. Y sin un buen Dios, ¿qué religión puede haber?

PERIODISTA.- ¿Me permite efectuar una pequeña digresión? ¿Una preguntita mía?



MONSEÑOR.- Con todo gusto. Dígala.

PERIODISTA.- Si Dios realmente existe y no es solo una hipótesis más, ¿cómo podría desaparecer así de fácil?

MONSEÑOR.- ¡Qué pregunta! Es demasiado abarcante y profunda. Además, me va a quitar todo el mérito a mí. Se la voy a contestar, pero después de responder yo lo mío. ¿De acuerdo?

PERIODISTA.- Totalmente monseñor. Y perdone usted este atrevimiento mío. Pero era muy fuerte la presión de ese asunto en mí. Sentí que tenía que preguntar.

MONSEÑOR.- E hizo usted muy bien, amigo mío. Demasiado bien, diría yo. Pero, sigamos.

PERIODISTA.- De Darwin al presente han pasado 200 años. ¿En todo ese tiempo, no hubo ninguna prueba en contra de la evolución? ¿La Iglesia no encontró nada?

MONSEÑOR.- Lamentablemente nada. Solo tenemos objeciones de detalles, pero de fondo, realmente nada. La evolución llegó para quedarse. Y ya no es teoría.

PERIODISTA.- Pero está el problema de la vida. Alguien hizo la vida. ¿No fue ése el papel de Dios?

MONSEÑOR.- ¡Ése debería ser el papel de Dios! Pero Dios no ofició de Creador. Todo vino desde los unicelulares, de la actividad de la materia, de la energía que ella naturalmente posee. De allí todo fue surgiendo paso a paso, lentamente, a lo largo de millones de años.

PERIODISTA.- Y Dios no actúa jamás así.

MONSEÑOR.- ¡Exacto! Si algo surge de muy abajo, surge por sí solo. No es Dios quien lo hizo. Esto salta como evidente. Dios crea de manera instantánea, no paso a paso.

PERIODISTA.- Entonces Dios no es necesario y muere de muerte natural.

- MONSEÑOR.- Lo que es peor: muere muerto por la Verdad y las evidencias. Dios que era la Verdad muere muerto por la Verdad. Inaceptable, ¿verdad?
- PERIODISTA.- La pregunta sería, ¿conviene que Dios muera? ¿No sería mejor que primero se hunda todo y, en último término, Dios?
- MONSEÑOR.- Eso sería lo ideal, pero ya no queda tiempo. Todo está cayendo tan rápido y con tal fuerza, que Dios ya casi no se sostiene.
- PERIODISTA.- Y si a Dios se lo redefine, monseñor. Si se lo pone más cerca de la Naturaleza, por ejemplo. ¡Ahí es intocable! ¿No se salvaría Dios?
- MONSEÑOR.- Lo hemos pensado varias veces y desde hace mucho. El problema es que eso ya fue declarado herejía, panteísmo. ¡Dios no es igual a Su obra!
- PERIODISTA.- Perdón. No me refiero a eso. Lo que digo es que Dios se transformó en su obra. Su obra y Él son uno y lo mismo.
- MONSEÑOR.- A ver si le entiendo: el mundo no fue sacado de la Nada. El mundo es Dios transformado en el mundo y en nosotros, también. Entonces, no habría ciencia separada de religión. Todo sería lo mismo.
- PERIODISTA.- Exacto, monseñor. De esta manera Dios, jamás podría ser negado. Nunca quedaría fuera de la Creación. De hecho, Él mismo sería la Creación.
- MONSEÑOR.- Por eso la Creación es tan inteligente, tan sabia. Y la evolución quedaría totalmente integrada dentro de ella.
- PERIODISTA.- Además, si se ama a la Naturaleza es porque ella es Dios. No la obra de Dios, sino Dios transformado en todo. ¡Dios es ese todo!
- MONSEÑOR.- Creo, amigo mío, que este planteo suyo merece toda la atención de nuestra madre Iglesia. Creo, además, que podría ser la única tabla de salvación. Ojalá esto sea aceptado. Yo lo plantearé.

- PERIODISTA.- La Iglesia tiene mucha habilidad y gran capacidad para incorporar un buen puente y, así, salir de este atolladero actual.
- MONSEÑOR.- Y va a ser gracias a usted, mi amigo. Su idea me parece realmente genial. ¿Es acaso una intuición o algo así?
- PERIODISTA.- Gran parte del mérito es suyo, monseñor. Usted hizo casi todos los razonamientos. Es más su idea que la mía.
- MONSEÑOR.- En todo caso, compartiremos todo. Porque creo que, realmente, hemos salvado a Dios, creando a un nuevo Dios.
- PERIODISTA.- Tal como hizo Jesús, monseñor. ¿Acaso el Padre de Cristo no es totalmente distinto del Jehová del Antiguo Testamento?
- MONSEÑOR.- Es cierto. Se trata de dos dioses distintos, sin parentesco alguno. Éste es otro de los problemas que está en mi lista: Jesús creó un nuevo Dios, Su Padre.
- PERIODISTA.- De hecho, Jesús ni nombra a Jehová. Él lo redefine, lo cambia y nos da un nuevo Dios.
- MONSEÑOR.- Un poco como hemos hecho nosotros. ¿No querría bautizar usted a este nuevo Dios-Naturaleza?
- PERIODISTA.- La Naturaleza sería una suma, un compuesto de Energías y Materias. A ese conglomerado yo lo llamaría GEM: Grupo de Energías y Materias. Ése es Dios, el nuevo Dios.
- MONSEÑOR.- De acuerdo. Es un nombre bien elegido. Corto, poderoso, comercial. Como debe ser todo lo de Dios. ¿No lo cree usted? (*Ambos ríen.*)
- PERIODISTA.- Ahora, entonces, se trataría de introducir a este GEM en la religión a fin de salvarlo todo.
- MONSEÑOR.- Exacto. De eso me encargo yo. (*Hace una pausa.*) Pasemos ahora a otra pregunta.

PERIODISTA.- ¿Cómo va la Iglesia a librarse del infierno? Todo el mundo ha rechazado esa idea.

MONSEÑOR.- Lo único malo no es el infierno en sí, sino que un Dios tan bueno haya creado un sufrimiento eterno.

PERIODISTA.- Un Padre como Él no puede cocinar eternamente a sus hijos. Eso es inaceptable.

MONSEÑOR.- En este momento no tenemos cómo eliminar el infierno de la Doctrina aunque cientos de teólogos han estado buscando la solución al problema, a ambos problemas.

PERIODISTA.- Por lo menos la Iglesia al infierno ya ni lo nombra. Ya no se habla de él.

MONSEÑOR.- La Iglesia siempre actúa así. Echa un manto de olvido sobre todo lo que no le conviene. Y, cuando eso ya está olvidado, lo cambia. Éste es el truco.

PERIODISTA.- Solo que ahora ya no hay tiempo. El infierno es un problema actual para resolverlo ahora. En este caso la postergación no sirve.

MONSEÑOR.- Ojalá sirviera. Pero, lamentablemente, urge otra solución. Y no la tenemos, todavía.

PERIODISTA.- ¿Qué significó el infierno para usted, monseñor?

MONSEÑOR.- Sufrimiento. Cotidiano y constante sufrimiento. Yo tenía que explicar lo inexplicable. Tenía que justificar lo que yo mismo rechazaba. En síntesis, tenía que mentir.

PERIODISTA.- Sin duda, algo difícil.

MONSEÑOR.- Muy difícil. Toda lucha contra la conciencia; todo enfrentamiento con uno mismo es sumamente difícil. Pero son llagas que uno lleva con gusto porque son las heridas de la fe.

PERIODISTA.- Un sacrificio por la Iglesia.

MONSEÑOR.- Un sacrificio doblemente duro. Porque además del rechazo mío al infierno, que no debía notarse, estaba el tema

de vivir guardando las apariencias de pureza, de honestidad. Era una gran mentira que no debía notarse.

PERIODISTA.- ¿Estaba usted solo en esto? ¿No había otros prelados que lo apoyaran?

MONSEÑOR.- Uno se vuelve muy cauteloso. Así se lo llama. Pero, en realidad, es solo desconfianza. Se desconfía de todos y de todo. Yo llegué hasta acá por callarme todo. Se llega a Cardenal, callando.

PERIODISTA.- Nada fácil, sin duda.

MONSEÑOR.- Terrible. Realmente terrible. Uno se acostumbra a ser falso, a ser hipócrita. A vivir simulando siempre. Todo lo nuestro es simulación, perpetua simulación.

PERIODISTA.- ¡Muy bien actuada; nadie lo nota!

MONSEÑOR.- En esto la Iglesia es la campeona. Toda nuestra vida es un enorme y perfecto entrenamiento para esa simulación. Sinceros, convencidos, son pocos, muy pocos.

PERIODISTA.- ¿En serio que usted quiere que todas estas revelaciones yo las haga públicas en un libro?

MONSEÑOR.- Por supuesto. No se asuste. Yo lo creo lo más justo y conveniente. La Verdad, mi Verdad al menos, debe saberse tal cual se la cuento.

PERIODISTA.- Va a producir un tremendo efecto. Algo devastador.

MONSEÑOR.- Pero es que este rumbo no nos lleva a ningún lado. Así vamos perdidos. Por esto es que me decidí a narrar lo mío, todo lo mío, tal como es.

PERIODISTA.- Sinceramente, lo admiro mucho. Su valentía es la máxima.

MONSEÑOR.- No soy tan valiente porque me demoré demasiado en hablar. Y ahora, que sé que me voy a morir, he querido alivianar mi conciencia de todo este enorme y asfixiante peso.

PERIODISTA.- Es, realmente, un caso único el suyo.

MONSEÑOR.- Lamentablemente, así es. Pero quizás alguno de mis colegas siga mi ejemplo y hable, contando todo. Eso sería aún más sano y mejor.

PERIODISTA.- ¿Podrá la Iglesia resistirlo?

MONSEÑOR.- La Iglesia lleva 2.000 años cometiendo los peores errores y pecados y, como es poderosa, se salva, se salva siempre.

PERIODISTA.- Pero ahora está bastante debilitada. Su poder temporal, su fuerza en el mundo, es poca.

MONSEÑOR.- Los ricos siempre se salvan. Y la Iglesia es muy rica. ¿Acaso no sabe usted de cuánto oro, joyas, bancos, empresas, acciones y propiedades somos dueños?

PERIODISTA.- No tengo una idea muy clara.

MONSEÑOR.- Somos riquísimos. Y esa riqueza es poder. Hace 2.000 años que, con muy buen ojo comercial, nos estamos enriqueciendo. Hasta hemos hecho guerras por el oro y la tierra. ¡Ésta es otra de mis denuncias!

PERIODISTA.- Toda su lista es densa y cada punto es terrible. ¿Me va a hablar de todos ellos? Esto es lo que más deseo.

MONSEÑOR.- He decidido convertirme en alguien que, por fin, va a decir la Verdad y no se va a callar nada. ¿Tiene usted otra pregunta?

PERIODISTA.- Está el problema de la esclavitud. ¿Cuál fue la actitud de la Iglesia ante tanto hombre privado de sus derechos y tan mal tratado?

MONSEÑOR.- La Iglesia nació con los ojos vendados y los oídos cerrados frente a este asunto. Para ella, para nosotros, no había problema alguno en la compra y venta de hombres, mujeres y niños.

PERIODISTA.- ¿Se debió esto a la actitud del propio Cristo?

MONSEÑOR.- Jesús no abolió la esclavitud. No habló en contra de ella. Y, sin embargo, en su tiempo había mucho esclavo. Él hace como si no la hubiese visto.

PERIODISTA.- Además, los esclavos eran siempre los otros: los enemigos, los dominados, los inferiores.

MONSEÑOR.- La Iglesia también lo creyó así. Fue un típico caso de ceguera y de sordera, pero de una increíble gravedad. Han sido 2.000 años de esclavos a los que nosotros debimos haber ayudado.

PERIODISTA.- E incluso evitado. Porque la Iglesia tenía fuerza suficiente para terminar con la servidumbre y la esclavitud.

MONSEÑOR.- Y no hicimos nada. Absolutamente nada. Dejamos que millones de seres humanos fueran cazados, enjaulados, encadenados, azotados, flagelados, obligados a trabajar forzosamente, mal alimentados y, finalmente, muertos por inútiles.

PERIODISTA.- Algo difícil de aceptar e imposible de entender.

MONSEÑOR.- Y, además, un problema que me duele, me quema y me avergüenza terriblemente como cristiano y como ser humano.

PERIODISTA.- ¿Cómo van a intentar arreglar todo esto?

MONSEÑOR.- No tiene ningún arreglo. La Iglesia no sabe qué hacer ni qué decir. Porque hasta pedir disculpas le resulta arduo. Entonces calla y vuelve la cara a otro lado. Típica actitud nuestra.

PERIODISTA.- Similar a la esclavitud es el tema de los judíos. A ellos la Iglesia tampoco los defendió, jamás.

MONSEÑOR.- Todo lo contrario. A los judíos los combatíamos con todas nuestras armas. ¡Nosotros inventamos el antisemitismo! Es total creación nuestra, de la Iglesia.

PERIODISTA.- ¿Fue ésa, contra los judíos, una guerra perdida?

MONSEÑOR.- Afortunadamente, fue una guerra muy larga y totalmente perdida por la Iglesia. Ahora estamos tratando de ser perdonados por ellos. Es algo realmente terrible lo que hemos hecho contra ese pueblo.

PERIODISTA.- ¿Es posible una reconciliación con ellos?

MONSEÑOR.- Los judíos no nos combatieron. Nosotros sí lo hicimos. Ellos solo se defendían, se escapaban. Y entonces nosotros, con más saña aún, procurábamos exterminarlos.

PERIODISTA.- ¿Exterminarlos?

MONSEÑOR.- Sí. En la Inquisición la Iglesia mató, con hoguera, tortura y otros, a varios miles de ellos. Y también en la Segunda Guerra mundial.

PERIODISTA.- ¿También en la guerra? ¿De qué manera?

MONSEÑOR.- Ayudando a los nazis a que lo hicieran. Los matamos, a seis millones de ellos, indirectamente. Porque no solo no los ayudamos sino que, además, cooperamos en esa matanza.

PERIODISTA.- ¿Qué ha representado esto para usted?

MONSEÑOR.- Una enorme tortura moral. Un sufrimiento y un profundo malestar por nuestra maldad y por la hipocresía de no reconocerlo. Actitud muy típica de la Iglesia.

PERIODISTA.- ¿Va a conseguirse algo con este acercamiento a los judíos?

MONSEÑOR.- Sí, sin duda. De todo esto algo va a quedar. Pero todo va a ser muy lento y manteniendo las respectivas distancias. Ellos y nosotros tenemos más diferencias que igualdades.

PERIODISTA.- ¿No es posible ceder un poco cada uno?

MONSEÑOR.- Ambos, Iglesia y judíos, estamos dotados de increíble rigidez. Somos rígidos y estáticos. Movernos es casi imposible. Pero nuestra tradicional hipocresía ayudará.

PERIODISTA.- ¿Y cuál es el futuro de la Iglesia?



MONSEÑOR.- En mi concepto, totalmente personal, la Iglesia carece de futuro. La Iglesia desaparece.

PERIODISTA.- ¿Por qué dice usted esto?

MONSEÑOR.- La Iglesia perdió su poder temporal. Ya no manda en el mundo de la política, ni en el mundo social, ni académico, ni nada.

PERIODISTA.- ¿Y en lo espiritual?

MONSEÑOR.- Ahí también está perdiendo su poder, aceleradamente. La gente, el rebaño, la masa, ya no se traga ningún cuentito antiguo. Todo eso está gastado. Y la Iglesia no tiene nada más para dar.

PERIODISTA.- ¿No puede amoldarse a los tiempos?

MONSEÑOR.- Efectivamente. Ya está totalmente jugada. No puede cambiar ninguna de sus bases. No puede amoldarse. No aceptará nada de lo actual, de lo moderno. Y, entonces, morirá.

PERIODISTA.- ¿Y su poder económico? ¿No será éste el que la salve?

MONSEÑOR.- Hasta el momento es tan solo el dinero el que la está salvando. La Iglesia posee otros ingresos porque los fieles ya no la ayudan más.

PERIODISTA.- ¿No es la Iglesia entonces, una gran empresa que comercia con lo espiritual?

MONSEÑOR.- ¡En eso se está convirtiendo cada vez más! Ya no son el alma y el amor quienes lo mueven todo. Ahora son el dinero y los negocios quienes manejan todo el asunto.

PERIODISTA.- ¿Por qué no hay más casos de alejamiento, como el suyo? ¿No hay otros prelados que se den cuenta de todo?

MONSEÑOR.- Sí los hay. Pero esos se van a quedar adentro un poco más, sólo porque les conviene. Pero el malestar interno es grande. Y hay muchos desacuerdos entre ellos.

PERIODISTA.- ¿No puede arreglarse nada de esto? ¿Debe necesariamente extinguirse la Iglesia?

MONSEÑOR.- Sí. Para mí se extingue. Y ésa es nuestra enorme preocupación. ¡Cómo hacerla vivir otros mil años más! ¡Cómo salvarla de su muerte total!

PERIODISTA.- ¿No están, además, las profecías? ¿No dicen, todas, que pronto tendremos el último Papa? Esas profecías, que son muchas, coinciden admirablemente.

MONSEÑOR.- Yo soy un convencido de que la totalidad de las profecías se van a cumplir. Inclusive la del último Papa que va a ser el próximo.

PERIODISTA.- San Malaquías ha sido muy exacto al respecto; un gran vidente. Y Fátima. Y Nostradamus.

MONSEÑOR.- Yo he estudiado cada uno de los casos de San Malaquías. Y no se ha equivocado en ninguno. Él ha predicho a todos los Papas. Y sólo nos va quedando uno más.

PERIODISTA.- ¿Qué indicaría eso? ¿Qué se acaba la Iglesia?

MONSEÑOR.- Todos lo han interpretado de esa manera. Una Iglesia Católica sin Papa no puede funcionar. El Papa es la cabeza, es el sucesor mismo de Cristo. No puede faltar.

PERIODISTA.- Lamentablemente faltará.

MONSEÑOR.- Lo cual es el fin. No hay duda alguna. Sin embargo todos, en la Iglesia, estamos tratando de que no ocurra nada de lo profetizado.

PERIODISTA.- ¿No lo profetizó Jesús también, todo este fin?

MONSEÑOR.- Jesús lo llamó en Día del Juicio Final. Y, por las características que tiene, ese día será un evento cósmico realmente catastrófico.

PERIODISTA.- ¿Un impacto? ¿Un aerolito realmente grande impactando en la Tierra?

MONSEÑOR.- Exacto. Esto también lo vio un gran vidente como Jesús. Observe el cielo cada noche y verá caer uno que otro aerolito. Todos ellos pequeños. Pero este que caerá será enorme.

PERIODISTA.- Algo que ya ha ocurrido en la Tierra varias veces.

MONSEÑOR.- Sí. El más famoso fue el que cayó en la península de Yucatán hace 65 millones de años y que causó la total extinción de los grandes dinosaurios y de muchos animales más.

PERIODISTA.- ¿Es eso lo que volverá a ocurrir?

MONSEÑOR.- Exactamente. La Tierra no se encuentra a salvo de ninguna de esas catástrofes. ¿Vio usted lo que le acaba de ocurrir al planeta Júpiter?

PERIODISTA.- Yo escribí, al respecto, un buen reportaje acerca del choque del cometa Shoemaker-Levy en la superficie de Júpiter.

MONSEÑOR.- Si eso ocurría en la Tierra, adiós Tierra. Desaparecía toda la vida.

PERIODISTA.- ¿Dios lo hubiera permitido? (*Ambos se miran y ríen.*)

MONSEÑOR.- Dios es una hipótesis incapaz de parar estos eventos. Dios no existe, amigo mío. Todos nosotros lo sabemos, pero... (*Guarda silencio.*)

PERIODISTA.- ... no les conviene decirlo.

MONSEÑOR.- A la humanidad tampoco le conviene saberlo. Dios es la fuerza que permite tener sujeto a ese lobo que es el hombre. Somos algo civilizados sólo gracias a Dios.

PERIODISTA.- Pero ahora, todo se va a saber.

MONSEÑOR.- Es que una mentira así no puede seguir durando. Tiene su vida contada. Tiene su final. Y el problema es que ahora es ese final.

PERIODISTA.- La humanidad se destruye con un aerolito gigante, entonces, ¿para qué seguir diciendo que existe un Dios que no existe?

MONSEÑOR.- Exacto. Usted lo ha captado con perfecta corrección. Como ya no va quedando futuro es preciso sincerarse al máximo en todo.

PERIODISTA.- La verdad, que es lo que normalmente no se dice, ahora sí puede decirse.

MONSEÑOR.- Efectivamente, la verdad, la gran ausente en todo lo humano, ahora puede, por fin, aparecer.

PERIODISTA.- ¿Y qué efecto va a causar esta tremenda revelación? ¿No acarreará un gran caos?

MONSEÑOR.- No. El caos no vendrá por lo que yo diga o por lo que se sepa respecto de un Dios inventado. No. El caos vendrá por lo que el hombre hace y por la catástrofe cósmica.

PERIODISTA.- ¿Cuánto falta para eso? ¿Tiene usted alguna cifra?

MONSEÑOR.- A partir del año 2.005, en cualquier momento podría ocurrir. Es lo que se deduce de todas las profecías coincidentes.

PERIODISTA.- ¿Coinciden todos en todo?

MONSEÑOR.- Coinciden en la fecha y en el tipo de hecatombe: terrible, devastadora, enorme, realmente cósmica.

PERIODISTA.- ¿Qué esperanza habría para la humanidad? ¿Es realmente un Juicio Final?

MONSEÑOR.- No, no lo es. Pero miles de millones morirán. Quizás más de la mitad de la actual humanidad. Y de eso no hay como salvarse.

PERIODISTA.- A la vista de todos estos acontecimientos tan decisivos, ¿tiene sentido habernos preocupado por tantas idioteces a lo largo de nuestras vidas?



**---SOLICITE EL LIBRO COMPLETO  
en la sección Contacto---**